

Las vistas de la señora Manstey

(1881)



Las vistas de la ventana de la señora Manstey no eran especialmente llamativas, pero al menos para ella estaban llenas de interés y belleza. La señora Manstey ocupaba el cuarto trasero del tercer piso de una pensión de Nueva York, en una calle donde los cubos de ceniza permanecían en la acera hasta tarde, y los socavones en el pavimento habrían hecho tropezar al mismo Quintus Curtius. Era la viuda de un dependiente de un almacén mayorista cuya muerte la había dejado sola, pues su única hija se había casado en California y no podía costearse el largo viaje a Nueva York para ver a su madre. Quizá la señora Manstey debió de haberse ido a vivir con su hija al Oeste, pero ya llevaban tantos años separadas que ninguna de ellas necesitaba la compañía de la otra, y su contacto, durante mucho tiempo, se había limitado al intercambio de unas cuantas

cartas rutinarias, escritas con indiferencia por parte de la hija, y con dificultad por parte de la señora Manstey, cuya mano derecha se estaba quedando rígida por culpa de la gota. Aunque hubiera echado más en falta la compañía de su hija, la enfermedad degenerativa de la señora Manstey, que le hacía temer los tres tramos de escalera que había entre su cuarto y la calle, la habría hecho desistir en la víspera de tan largo viaje. Sin duda, y por estos motivos, hacía tiempo que había aceptado como normal su vida solitaria en Nueva York.

En realidad no estaba tan sola, pues algunos amigos todavía hacían el esfuerzo de subir de vez en cuando a su habitación, pero las visitas se iban haciendo menos frecuentes con los años. La señora Manstey no había sido una mujer sociable, y mientras vivía su marido le bastaba con la compañía de éste. Durante muchos años había abrigado el deseo de vivir en el campo, de tener un gallinero y un jardín; pero este anhelo se había desvanecido con el tiempo, dejando únicamente en el corazón de esta mujer tan poco comunicativa una ternura imprecisa por las plantas y los animales. Quizá era esta ternura la que la hacía aferrarse con tanto fervor a las vistas de su ventana, unas vistas en las que la persona más optimista habría tenido en un principio dificultades para descubrir algo digno de admiración.

Desde su mirador privilegiado (una ventana curva ligeramente saliente, donde crecía una hiedra y una serie de bulbos de aspecto insano), la señora Manstey miraba en primer lugar el jardín de su pensión del que, no obstante, sólo podía tener una visión limitada. Aun así, su mirada abarcaba las ramas más altas del ailanto que había bajo su ventana, y sabía de memoria cómo el macizo de dicentra formaba muy pronto cada año corazones rosas con su tallo doblado.

Pero más interés tenían los jardines allende el suyo. Al estar adosados la mayoría de ellos a pensiones, se encontraban en estado de suciedad y desorden crónicos, determinados días de la semana con prendas variadas y manteles deshilachados. A pesar de esto, la señora Manstey pensaba que había muchas cosas admirables en las amplias vistas que dominaba. De hecho, algunos de estos jardines no eran más que terrenos baldíos empedrados, con hierba en las grietas del suelo y sin sombra en primavera, salvo la que proporcionaba el follaje discontinuo de los tendederos. A la señora Manstey no le gustaban estos jardines, pero en cambio le encantaban los otros, los verdes. Se había habituado al desorden de éstos; ya no le molestaban los barriles rotos, las botellas vacías o los senderos sin barrer. Tenía la afortunada facilidad de quedarse con el lado agradable de lo que había ante ella.

En el recinto que había justo al lado, ¿no abría un magnolio sus flores blancas y duras al cielo azul desleído de abril? ¿Y no había, un poco más abajo de la divisoria, una verja que se llenaba cada mes de mayo con ramas lilas de glicinia? Algo más allá, un castaño de Indias alzaba su candelabro de flores amarillo palo y rosa sobre una fronda de gruesas ramas; mientras que en el patio de enfrente junio era grato por el aroma de un lilar descuidado, que crecía pese a los innumerables obstáculos que se oponían a su desarrollo.

Pero si la naturaleza ocupaba el lugar privilegiado en las vistas de la señora Manstey, las casas y sus moradores tenían para ella un interés de carácter mucho más personal. Le desagradaban enormemente las cortinas color mostaza que habían colgado hacía poco en la ventana del médico que vivía enfrente; pero resplandecía de placer cuando le daban una mano de pintura a los viejos ladrillos de la casa que había más abajo. Los ocupantes de las viviendas no solían asomarse a las ventanas traseras, pero las sirvientas siempre estaban a la vista. A la señora Manstey le parecían en su mayoría sucias, desordenadas y gritonas. Conocía sus modales y las odiaba. Sin embargo, guardaba toda su simpatía para el cocinero silencioso de la casa recién pintada, que sufría los malos modos de su ama, y que al caer la noche alimentaba a escondidas a los gatos callejeros. En una ocasión, le dolió en el alma la dejadez de una

criada que olvidó durante dos días darle de comer al loro que tenía a su cuidado. Al tercer día, y a pesar de su mano con gota, la señora Manstey había empezado a escribir una carta que comenzaba así: «Señora, hace ahora tres días que su loro comió por última vez», cuando la criada olvidadiza apareció en la ventana con una taza de alpiste en la mano.

Sin embargo, cuando la señora Manstey estaba más meditativa, lo que más le gustaba era la huidiza perspectiva de los jardines lejanos. En el crepúsculo, cuando las lejanas agujas de piedra marrón parecían fundirse en el amarillo fluido de poniente, le encantaba perderse en los vagos recuerdos de un viaje a Europa realizado años atrás, y ahora reducidos en su memoria a una débil fantasmagoría de indistinguibles pináculos y cielos de ensueño. Quizás la señora Manstey en el fondo era una artista; en cualquier caso, era sensible a los muchos cambios de color que pasan desapercibidos al ojo común; y tan querido para ella era el verdor de la primavera temprana como la negra enramada contra el cielo frío y color azufre al término de un día nevado. También disfrutaba de los deshielos soleados de marzo, cuando los retazos de tierra asomaban a través de la nieve como manchas de tinta extendiéndose en una hoja de papel secante; y, aún más, de las brumas que formaban las ramas hinchadas y sin hojas que sustituían a las nítidas formas geométricas del invierno.

Incluso miraba con interés el rastro del humo de una fábrica lejana, y echó de menos este matiz en el paisaje cuando la fábrica cerró y el humo desapareció.

Durante las largas horas que pasaba en su ventana, la señora Manstey no permanecía ociosa. Leía un poco, y tejía un sinfín de calcetas; pero las vistas rodeaban y moldeaban su vida como el mar lo hace con una isla solitaria. Cuando acudían las escasas visitas, le costaba dejar de contemplar la tarea de limpiado de la ventana de enfrente, o de observar ciertos puntos verdes en un arriate vecino que podrían, o quizá no, convertirse en jacintos, mientras fingía interesarse por las anécdotas que contaba el visitante sobre algún nieto desconocido. Los verdaderos amigos de la señora Manstey eran los habitantes de los jardines, los jacintos, los magnolios, el loro verde, la criada que daba de comer a los gatos, el médico que estudiaba hasta bien tarde tras las cortinas color mostaza, y la confidente de sus más tiernas meditaciones era la aguja de la iglesia que flotaba en el ocaso.

Un día de abril, mientras estaba sentada en su lugar habitual con la calceta a un lado, y los ojos fijos en el cielo azul moteado con nubes redondas, un golpe en la puerta anunció la entrada de su patrona. La señora Manstey no le tenía afecto a la dueña, pero soportaba sus visitas con la resignación propia

de una dama. Sin embargo, hoy le costaba más que de costumbre desviar la mirada del cielo azul y el magnolio floreciente hacia la cara insustancial de la señora Sampson, y la señora Manstey era consciente de este esfuerzo obvio al tiempo que lo hacía.

—El magnolio ha florecido este año antes de lo habitual —apuntó ella cediendo a un impulso infrecuente, porque rara vez aludía a las cosas que más le interesaban. En primer lugar, no era un tema que soliese gustar a sus visitas y, además, ella no tenía don de palabra, y no hubiera podido expresar sus sentimientos como le habría gustado.

—¿El qué, señora Manstey? —preguntó la patrona, echando una ojeada a la habitación, como si así fuera a encontrar la explicación a las palabras de la señora Manstey.

—El magnolio del jardín de al lado... del jardín de la señora Black —repitió la señora Manstey.

—¿Es eso, de veras? No sabía que había allí un magnolio —dijo la señora Sampson, con aire despreocupado. La señora Manstey la miró, ¿no sabía que en el jardín de al lado había un magnolio!

—Por cierto —continuó la señora Sampson—, al hablar de la señora Black me ha venido a la memoria que las obras de la ampliación empiezan la semana próxima.

—¿La qué? —le tocó preguntar esta vez a la señora Manstey.

—La ampliación —dijo la señora Sampson, asintiendo con la cabeza en dirección al magnolio inadvertido—. ¿Usted sabía, claro está, que la señora Black iba a construir una ampliación de su pensión? Sí, señora. He oído que se va a extender hacia la parte de atrás, justo hasta el final del jardín. Cómo puede permitirse construir una ampliación en estos tiempos tan difíciles no lo sé, pero siempre estuvo loca por construir. Regentaba una pensión en la Calle Diecisiete, y casi se arruina por poner ventanas curvas y no sé qué más; yo pensaba que eso le habría quitado las ganas de construir, pero me temo que es una enfermedad, como la bebida. En cualquier caso, las obras empiezan el lunes.

La señora Manstey se había puesto pálida. Siempre hablaba despacio, así que la patrona no prestó atención a la larga pausa que vino después. Al final, la señora Manstey dijo:

—¿Sabe cuál será la altura de la ampliación?

—Eso es lo más absurdo de todo. Van a construir una ampliación que llegará hasta el tejado del edificio principal. Vaya, ¿ha oído usted alguna vez algo parecido?

La señora Manstey volvió a quedarse callada.

—¿No le supondrá a usted una gran molestia, señora Sampson? —preguntó.

—Creo que sí. Pero no se puede hacer nada. Si a la gente se le mete en la cabeza construir am-

pliaciones, no hay ninguna ley que pueda evitarlo, de eso estoy segura —sabedora de esto, la señora Manstey guardaba silencio—. No se puede hacer nada al respecto —repetía la señora Sampson—, pero aun siendo como soy una *buena* feligresa, no lamentaría que Eliza Black se arruinase. Bueno, que tenga un buen día, señora Manstey; me alegro de que se encuentre tan cómoda.

¡Tan cómoda... tan cómoda! No bien quedó a solas, la anciana se giró de nuevo hacia la ventana. ¡Qué hermosas vistas había ese día! El cielo azul con sus nubes redondas hacía que todo brillase, el ailanto ponía un matiz amarillo verdoso, los jacintos brotaban, las flores del magnolio parecían más que nunca escarapelas talladas en alabastro. Pronto florecería la glicinia, y luego el castaño de Indias, pero no para ella. Entre sus ojos y todo esto pronto se alzaría una barrera de ladrillo y mortero; dentro de poco desaparecería hasta la aguja, y todo su mundo radiante quedaría tapado. La señora Manstey devolvió intacta la bandeja con la cena que le habían llevado esa tarde. Permaneció en la ventana hasta que el ventoso ocaso se desvaneció en un oscurecer color murciélago. Después, tras acostarse, yació sin poder dormir en toda la noche.

Al día siguiente se levantó temprano y se puso a la ventana. Llovía, pero incluso a través de la gasa gris e inclinada la escena tenía su encanto... y la

lluvia era tan buena para los árboles. El día anterior había notado que el ailanto se estaba poniendo mustio.

—Claro que me puedo mudar —dijo la señora Manstey en voz alta, y poniéndose de espaldas a la ventana recorrió con la mirada su habitación. Claro que se mudaría, igual que podían desollarla viva, pero lo más probable era que no sobreviviera a ninguna de las dos cosas. Aunque fuese mucho menos importante para su felicidad que las vistas, su habitación era una buena parte de su existencia. Había vivido en ella diecisiete años. Conocía cada mancha del papel de la pared, cada roto en la moqueta; la luz caía de una manera determinada sobre sus grabados, sus libros se habían deteriorado en los estantes, sus bulbos y su hiedra estaban habituados a la ventana y sabían cómo debían inclinarse hacia el sol—. Todos somos demasiado viejos para mudarnos —dijo.

Aquella tarde escampó. El cielo reapareció húmedo y radiante a través de las nubes rasgadas; el ailanto brillaba; la tierra de los arriates parecía fértil y cálida. Era jueves, y el lunes empezaban las obras de la ampliación.

El domingo por la tarde le llevaron una tarjeta a la señora Black mientras ésta recogía los restos de la cena de los huéspedes en el sótano. La tarjeta, con bordes negros, llevaba el nombre de la señora Manstey.

—Es una huésped de la señora Sampson; imagino que quiere mudarse. Bueno, el año que viene le podré asignar un cuarto en la ampliación. Dinah —dijo la señora Black—, dile a la señora que subiré en un minuto.

La señora Black encontró a la señora Manstey de pie en la amplia sala adornada con estatuillas y antimacasares; en esa casa no podía sentarse.

Agachándose rápidamente para abrir el registro, que dejó escapar una nube de polvo, la señora Black avanzó hacia su visitante.

—Me alegro de conocerla, señora Manstey; siéntese por favor —indicó la patrona con su voz próspera, la voz de una mujer que puede permitirse construir ampliaciones. La señora Manstey se sentó; no podía negarse.

—¿Puedo hacer algo por usted, señora? —continuó la señora Black—. Ahora tengo la casa completa, pero voy a construir una ampliación, y...

—Es de la ampliación de lo que quisiera hablar —dijo de pronto la señora Manstey—. Soy una pobre mujer, señora Black, y nunca he sido feliz. Tendré que hablarle primero de mí para... que usted lo entienda.

Atónita e imperturbable, la señora Black asentía durante este paréntesis.

—Nunca tuve lo que quise —prosiguió la señora Manstey—. Mi vida fue siempre una decepción

tras otra. Durante años quise vivir en el campo. Todo el tiempo soñaba con esto, pero nunca lo conseguimos. No había ninguna ventana soleada en nuestra casa, y por eso todas mis plantas se morían. Mi hija se casó hace años y se marchó... además, nunca nos interesaron las mismas cosas. Después murió mi marido y me quedé sola. De eso hace diecisiete años. Me fui a vivir a la pensión de la señora Sampson, y desde entonces he estado allí. Estoy un poco enferma, como puede ver, y no salgo a menudo; sólo los días que hace buen tiempo, y si me encuentro muy bien. Así puede entender que me siente tanto tiempo junto a mi ventana... la ventana trasera del tercer piso...

—Bueno, señora Manstey —dijo la señora Black, comprensivamente—, yo podría darle una habitación trasera, probablemente; una de las nuevas habitaciones en la am...

—Pero yo no me quiero mudar, no puedo —dijo la señora Manstey, casi gritando—. Vine para decirle que si construye esa ampliación no tendré vistas desde mi ventana... ¡Ninguna vista! ¿Lo entiende?

La señora Black pensó que estaba frente a una lunática, y había oído que a los lunáticos había que seguirles la corriente.

—Vaya, vaya... —observó, empujando un poco su silla hacia atrás—. Eso es terrible, ¿verdad? Bueno, no lo había pensado. Es cierto, la ampliación *interferirá* en sus vistas, señora Manstey.

—¿Lo entiende usted? —suspiró la señora Manstey.

—Claro que lo entiendo. Y yo también lo siento mucho. Por eso, no se preocupe señora Manstey. Creo que podemos arreglarlo.

La señora Manstey se levantó de su asiento, y la señora Black se deslizó hacia la puerta.

—¿Qué quiere decir con arreglarlo? ¿Quiere decir que puedo hacerla cambiar de idea con respecto a la ampliación? Oh, escúcheme, señora Black. Tengo dos mil dólares en el banco y podría arreglármelas, sé que podría arreglármelas, para darle a usted mil si... —la señora Manstey calló mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Vamos, cálmese, señora Manstey, no se preocupe —repetía la Señora Black, tranquilizándola—. Seguro que podemos arreglarlo. Siento no poder quedarme y hablar de esto más tiempo, pero es que a esta hora tengo mucho que hacer, poner la cena...

Su mano estaba en el pomo de la puerta, pero con repentino vigor la señora Manstey la agarró de la muñeca.

—No me está dando usted una respuesta definitiva. ¿Quiere decir que acepta mi propuesta?

—Vaya, lo pensaré, señora Manstey, prometo que lo haré. No la molestaría por nada del mundo...

—Pero las obras empiezan mañana, según me dijeron —persistió la señora Manstey.

La señora Black dudó.

—No empezarán. Se lo prometo. Enviaré un mensaje al constructor esta misma noche.

La señora Manstey apretó más fuerte.

—No me estará engañando, ¿verdad? —dijo.

—No... no —tartamudeó la señora Black—. ¿Cómo puede pensar algo así de mí, señora Manstey?

Lentamente, la señora Manstey redujo la fuerza con que la agarraba, y pasó a través de la puerta abierta.

—Mil dólares —repitió, deteniéndose en el vestíbulo; luego salió de la casa y bajó cojeando los escalones, apoyándose en la verja de hierro colado.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Black, cerrando y echando los cerrojos a la puerta de entrada—. ¡No sabía que la vieja estaba loca! Y con lo callada y distinguida que parece.

La señora Manstey durmió bien aquella noche, pero la mañana siguiente, temprano, la despertó el ruido de un martilleo. Fue a la ventana tan rápido como pudo y, al asomarse, vio que el jardín de la señora Black estaba lleno de obreros. Algunos llevaban cargas de ladrillos desde la cocina hasta el patio; otros empezaban a demoler el anticuado balcón de madera que adornaba cada piso de la pensión de la señora Black. La señora Manstey vio que la habían engañado. Al principio pensó confiarle su disgusto

a la señora Sampson, pero pronto la embargó una fuerte sensación de desánimo, y volvió a la cama, sin molestarse en ver lo que estaba sucediendo.

Sin embargo, por la tarde temprano, y sintiendo que debía hacer frente a lo peor, se levantó y se vistió. Fue una tarea ardua, porque sus manos estaban más rígidas de lo habitual, y los corchetes y los botones parecían escapársele.

Cuando se sentó frente a la ventana, vio que los obreros habían desmontado la parte superior del balcón, y que los ladrillos se habían multiplicado desde la mañana. Uno de los hombres, un tipo tosco de cara hinchada, cogió una flor del magnolio y, tras olerla, la tiró al suelo; otro hombre, que acarreaba una carga de ladrillos, pisó la flor al pasar.

—Ojo, Jim —llamó uno de los hombres a otro que fumaba en pipa—, si tiras cerillas cerca de esos barriles de papel verás cómo el viejo yesquero arde antes de que te des cuenta.

La señora Manstey, inclinándose hacia delante, vio que había varios barriles de papel y basura bajo el balcón de madera.

Finalmente cesaron las obras y cayó el crepúsculo. El ocaso era perfecto, y una luz rosada, que transfiguraba la lejana aguja, permaneció en el Oeste hasta bien tarde. Cuando oscureció, la señora Manstey bajó las persianas y se dispuso, con su manera habitual y metódica, a encender la lámpara. Siempre

la llenaba y la prendía con sus propias manos; guardaba una tetera de keroseno en un estante forrado de cobre en el interior de un armario. Mientras la luz de la lámpara llenaba la habitación, ésta adquiría su acostumbrado aspecto sosegado. Al igual que su dueña, los libros, los cuadros y las plantas parecían prepararse para otra noche tranquila, y la señora Manstey, fiel a su costumbre, acercó su sillón a la mesa y empezó a hacer punto.

Esa noche no pudo dormir. El tiempo había cambiado, y fuera soplaba un vendaval que tapaba las estrellas acercándoles las nubes. La señora Manstey se levantó una o dos veces y miró por la ventana, pero no se distinguía nada de sus vistas, salvo una o dos luces tardías en las ventanas de enfrente. Al final estas luces desaparecieron, y la señora Manstey, que había visto cómo se apagaban, empezó a vestirse. Lo hacía con manifiesta rapidez, porque sólo se puso una bata fina encima del camisón, y se envolvió la cabeza con una bufanda. Después abrió el armario y sacó con cuidado la tetera de keroseno. Tras deslizar un puñado de cerillas de madera en su bolsillo se dispuso, cada vez con más precaución, a abrir la puerta, e instantes después bajaba por la escalera oscura, guiada por una trémula lucecita de gas del vestíbulo inferior. Finalmente alcanzó la parte baja de las escaleras y empezó el descenso más difícil a la oscuridad total del sótano. Allí, sin embargo,

podía moverse con mayor libertad, ya que había menos peligro de ser oída. Sin apenas tardar, consiguió abrir la puerta de hierro que daba al jardín. Una ráfaga de viento frío la golpeó al salir, y avanzó a tientas, temblando, bajo los tendederos.

Esa madrugada, a las tres en punto, una alarma de incendios trajo a los bomberos a la puerta de la señora Black, y también sacó a sus ventanas a los asustados huéspedes de la señora Sampson. El balcón de madera trasero de la pensión de la señora Black estaba ardiendo, y entre los que miraban el avance de las llamas se encontraba la señora Manstey, asomada a la ventana con su bata ligera.

El fuego, sin embargo, se extinguió pronto, y los asustados ocupantes de la casa, que habían huido con lo puesto, volvieron a reunirse al amanecer, encontrando que los daños causados eran pocos al margen de la rotura de los cristales de las ventanas y los techos ennegrecidos. En realidad, la más perjudicada por el fuego fue la señora Manstey, a la que se encontró por la mañana respirando fatigosamente con pulmonía, consecuencia previsible, como todos observaron, de haber estado asomada a una ventana abierta con su edad y en bata. Se veía claramente que estaba muy enferma, pero nadie había adivinado la gravedad del diagnóstico del médico, y las caras reunidas esa tarde alrededor de la mesa de la señora Sampson mostraban temor y

preocupación. Ningún huésped conocía bien a la señora Manstey; «era reservada», decían, y parecía creerse superior a ellos; aunque siempre es desagradable tener a alguien muriéndose en casa, y como una señora le dijo a otra: «Igual podíamos haber sido tú o yo, querida».

Pero tan sólo era la señora Manstey, y se estaba muriendo tal como había vivido, solitaria, si no sola. El médico había enviado una enfermera cualificada, y la señora Sampson, con paso quedo, venía de vez en cuando; pero a la señora Manstey ambas le parecían remotas y difusas como las figuras de un sueño. No dijo nada en todo el día; pero cuando le preguntaron por la dirección de su hija movió la cabeza. A veces, la enfermera tenía la impresión de que escuchaba atentamente algún ruido que no terminaba de llegar; después volvía a dormitar.

La mañana siguiente, al alba, estaba muy débil. La enfermera llamó a la señora Sampson, y mientras las dos se agachaban sobre la anciana la vieron mover los labios.

—Levantadme... de la cama —susurró.

La alzaron en brazos y ella, con su mano rígida, señaló la ventana.

—Ah, la ventana... quiere sentarse junto a la ventana. Solía pasarse el día ahí sentada —explicó la señora Sampson—. Imagino que no puede hacerle ningún daño.

—Ya nada puede hacerle daño —dijo la enfermera.

Llevaron a la señora Manstey junto a la ventana y la sentaron en su silla. El amanecer estaba fuera, un radiante amanecer de primavera; la aguja había atrapado un rayo dorado, aunque el magnolio y el castaño de Indias todavía dormían en la sombra. En el jardín de la señora Black todo estaba en silencio. Las vigas carbonizadas del balcón yacían donde habían caído. Era evidente que desde el incendio los obreros no habían vuelto a su trabajo. El magnolio había abierto unas cuantas flores esculturales; las vistas permanecían intactas.

A la señora Manstey le costaba respirar; cada vez le era más difícil. Intentó que le abrieran la ventana, pero no lo entendían. Si hubiera podido aspirar el aire, dulce con el penetrante olor del ailanto, se habría sentido aliviada; pero al menos las vistas seguían allí... la aguja estaba dorada, los cielos se habían templado pasando del perla al azul, el día estaba luminoso del Este al Oeste, e incluso el magnolio ya quedaba al sol.

La cabeza de la señora Manstey cayó hacia atrás, y murió sonriente.

Ese día se reanudaron las obras de la ampliación.